

América Latina y la globalización

Francisco Dávila Aldás*

Resumen

El artículo se divide en cinco apartados: en el primero el autor realiza algunas precisiones analíticas y conceptuales; después aborda la cuestión latinoamericana y la globalización para poder precisar las etapas de dicho proceso en la región. En tercer lugar, se hace referencia a los efectos de la globalización, primero en el mundo y luego en América Latina, para seguir en el cuarto apartado enumerando las consecuencias de la misma en los diferentes espacios regionales y, finalmente, se concluye lanzando algunas perspectivas del futuro de la región dentro del proceso globalizador. El autor analiza el desempeño económico de la subregión en las últimas décadas y destaca los rasgos más característicos de las reformas introducidas a partir de los lineamientos establecidos por países desarrollados y organismos internacionales, señalando que los costos sociales han sido elevados y sugiriendo algunas líneas de acción a considerar para resarcir los impactos negativos de la globalización sobre los Estados latinoamericanos.

Palabras clave: Globalización, América Latina, capitalismo, Estados Unidos, mundialización.

Abstract

The article is divided into five sections: in the first, the author makes some analytical and conceptual clarifications; then, he addresses the issue of Latin America and globalization in order to indicate the stages of this process in the region. Thirdly, it refers to the effects of globalization, first in the world and certainly in Latin America, to continue in the fourth paragraph listing the consequences of the same in different regions, and finally concludes throwing some perspectives the future of the region within the globalization process. The author analyzes the economic performance of the region in recent decades and highlights the strongest features of the reforms introduced since the guidelines established by developed countries and international agencies, noting that the social costs have been high and suggesting some courses of action considered to compensate the negative impacts of globalization on Latin American States.

Key words: Globalization, Latin America, capitalism, United States, mundialization.

* Doctor en Estudios Sociológicos por la UNAM. Profesor adscrito al Centro de Relaciones Internacionales de la FCPYS-UNAM.

Precisiones analíticas: el “sistema-mundo”, los Estados nacionales y los procesos de mundialización, globalización e internacionalización

Sistema mundo y Estados nacionales

América Latina es parte del “sistema mundial” o del “sistema-mundo”.¹ Así pues, cuando hablamos de un sistema, nos estamos remitiendo a un conjunto de unidades que están articuladas y que se interrelacionan, ya sea estableciéndose relaciones de dominio, de subordinación o simetrías. Sin entrar en mayores detalles, al hablar de las diferentes regiones del mundo, destacamos la subregión latinoamericana, que será el objeto de nuestro trabajo, y afirmamos que ésta se compone de unidades menores, que son los Estados nacionales,² entendidos como las circunscripciones más amplias y las mayores integraciones sociales existentes en la actualidad en el espacio geopolítico, económico social y cultural, cuya soberanía y autonomía formalmente son reconocidas y respetadas pero, en realidad, se encuentran – los Estados nacionales– sometidos al juego, a presiones y amenazas, y se puede llegar hasta el uso de la fuerza para doblegarlos y hacer que los intereses de los Estados poderosos se cumplan en ellos.³

Entonces, si América Latina es parte del “sistema-mundo”, todo lo que sucede en éste incide y afecta de manera directa e indirecta, positiva y negativamente a la subregión y a cada uno de los países de la misma,⁴ pero vale

¹ Los dos términos son igualmente usados por los estudiosos y las instituciones de las Naciones Unidas; véase por ejemplo Immanuel Wallerstein, “La reestructuración capitalista y el sistema-mundo”, conferencia magistral del XX Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología, México, 2 a 6 de octubre de 1995.

² “Los Estados-nacionales son, hoy por hoy, las mayores integraciones de entre otras múltiples esferas o estructuras de lo social. Constituyen la expresión objetiva más amplia de la imaginación moderna; son instituciones creadas por los hombres para ordenar y encauzar los cambios constantes, esenciales a la existencia de la sociedad moderna. Sostienen e impulsan, entonces, los valores fundamentales de este orden social: la vida y la libertad. Dicho de otro modo, éstos ofrecen a los hombres distintas formas de integración social en vista de proporcionar el más amplio rango de posibilidades para hacer efectivos los intereses particulares y generales de los proyectos de vida distintos de las sociedades políticas modernas”. Francisco Dávila Aldás, “La Unión Europea y el TLCAN frente a la globalización, la regionalización y el nacionalismo” en Rosa María Piñón (coord.), *México y la Unión Europea frente a los retos del siglo XXI*, FCPYS-UNAM/Delegación de la Comisión Europea, México, 2000, pp. 170-171.

³ Véase Francisco Dávila Aldás, *Globalización e integración: América Latina, Norteamérica y Europa*, Fontamara, México, 2002, pp. 86-87.

⁴ En el desarrollo de este trabajo se harán ciertas alusiones a México, por eso, nos parece pertinente enfatizar que éste es un país latinoamericano, porque América Latina significa el conjunto de

precisar que la asimilación de los cambios o el rechazo de los mismos depende de su fortaleza económica y política y del poderío de los países que puede materializarse en que ejercen influencia o imponen su dominio a través de modos y formas diferentes. Así, se procede y se puede convencer mediante la fuerza y la violencia en sus diferentes niveles; es decir, desde el convencimiento, la persuasión intelectual y moral, prosiguiendo con la presión, la amenaza y por último con el uso de la fuerza si los anteriores medios fallan. De tal modo que se logra quebrantar el proceso de toma de decisiones políticas soberanas y puede aún llegarse hasta la ocupación armada de un determinado país.

La mundialización

Por su lado, entre los cambios positivos que han afectado a la región señalaremos en primer término los aparejados a la “mundialización” o “universalización humana”, que no es sinónimo de la globalización, como lo utilizan ciertos autores⁵ sino que se remite al proceso del desarrollo de la Humanidad, a la capacidad que tenemos los hombres de cualquier país, raza o credo de agenciarnos productos culturales y productos materiales, generados mediante el trabajo humano, y hacerlos nuestros. Existe, entonces, la posibilidad de incrementar, con el patrimonio humano asimilado, nuestro propio patrimonio; es decir, nuestra capacidad de desarrollarnos, de universalizarnos. Esta esfera es la más amplia, puesto que gesta y circunscribe a la esfera de la

países que tienen cultura latina, hablan el español; sus usos y costumbres, así como su civilización proceden de un ancestro, de un patrimonio y de una historia común. Pero, en los últimos tiempos, específicamente a partir de 1994, con la firma del TLCAN, a éste se le considera un país norteamericano en términos geopolíticos. Es obvio y no hay lugar a discusión si nos referimos a su localización geográfica y a su dependencia política, pero no cabe duda de que, por las razones ya explicitadas, México es considerado y pertenece a la subregión latinoamericana.

⁵ Como se habrá constatado, el concepto “mundialización” que utilizamos no es sinónimo ni menos aún similar al de “globalización”, como en general lo emplean algunos estudiosos europeos, en especial los de habla francesa. Véanse, por ejemplo, los distintos significados que dan a la misma autores como F. Sachwald, “La mondialisation comme facteur d’intégration régionale”; P. Veltz, “Une organisation géoéconomique à niveaux multiples”; R. Higgott, “Mondialisation et gouvernance: l’émergence du niveau régional”; F. Nicolas, “Mondialisation et régionalisation dans les pays en développement-les deux faces de Janus” en *Politique Étrangère*, 2/97, Paris, pp. 253-307; también R. Boyer, “Les mots et les réalités” (collectif), *Mondialisation au-delà des mythes*, La Découverte, Paris, 1997; D. Rodrik, “Le débat sur la mondialisation: leçons du passé” en *Politique Étrangère*, 3/98, Paris, pp. 568-585. Nos parece más correcto y claro hablar, como lo hacen otros, de “americanización” como sinónimo de globalización. Véase a este respecto M. Cowles, “L’eupéanisation de l’action politique des multinationales” en *Politique Étrangère*, 2/97, Paris, pp. 309-324; también A. Jox, “Représentation des alliances dans la nouvelle stratégie américaine” en *Politique Étrangère*, 2/97, Paris, pp. 325-337.

globalización que desprende su propia dinámica y especificidad, sin quitarle a la mundialización su contenido positivo, su fuerza universalizadora, precisamente porque la globalización la acelera y amplía.

Es entonces, por y a pesar del proceso “globalizador” actual, caracterizado por la aceleración del desarrollo del capitalismo, mediante la expansión de las empresas corporativas –principalmente estadounidenses, sin descartar las de otros países poderosos–, que la Humanidad se desarrolla y con ella los sistemas sociales y los hombres y mujeres de todos los países y, por tanto, también los países de América Latina.

La globalización como internacionalización acelerada del capitalismo

Precisado y delimitado el concepto “mundialización”, pasamos a puntualizar el concepto de “globalización”; para ello, es preciso aclarar que el capitalismo, así como fueron el feudalismo y los sistemas sociales que le antecedieron, es parte de la humanización; es parte del desarrollo por el cual recorre el devenir de la Humanidad. Es, sin lugar a dudas, una etapa sumamente importante del proceso de humanización, porque el capitalismo es un sistema socioeconómico moderno, como lo es el socialismo.⁶ Su eficiencia y eficacia son extraordinarias,⁷ porque frente a los anteriores sistemas y al propio socialismo cumple en el menor tiempo, más rápido y con el menor desgaste de la fuerza de trabajo los procesos productivos que los otros sistemas apenas alcanzaron a realizar. También vale destacar que el desarrollo del capitalismo tiene dos fases diferentes pero complementarias: la primera se gesta y se desarrolla en el interior de los Estados nacionales, y una vez que se fortalece al interior, se realiza la segunda fase, que es la de su expansión fuera de sus fronteras nacionales estatales. Se trata de su exteriorización; es decir, de su expansión externa, justamente gracias a su potencialidad interna.

Es en este segundo momento en el cual, sin dejar de tener sus raíces en el interior de los Estados, se “internacionaliza”; es decir, que busca moverse o

⁶ En este trabajo realizaremos un análisis de los dos sistemas sociales modernos, sino que nos ocuparemos del capitalismo, que es el mayor impulsor de la globalización que le es inherente.

⁷ Marx, el mayor estudioso del capitalismo, lo calificó como un sistema revolucionario porque es el sistema más eficiente, más eficaz de allegar riquezas, con la salvedad que esas riquezas no van para todos, sino para los que están arriba; pero es un sistema extraordinario, mucho más eficiente que el socialismo. Sin embargo, ninguno de los dos sistemas modernos han podido dar libertad, paz y mejor vida para todos. Véase, para un mayor desarrollo de este tema, Francisco Dávila Aldás y E. Ortiz, “Del antagonismo a la cooperación entre el Este y el Oeste para la búsqueda de un mundo más humano” en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, núm. 149, División de Estudios de Posgrado-FCPYS-UNAM, México, 1992, pp. 9-29.

insertarse en otros Estados nacionales, generándose así la dimensión internacional, o sea, la tendencia a expandirse en el mundo. Es este proceso de salir del espacio nacional-estatal a la esfera internacional, esto es, al espacio de intercambio con otros Estados-naciones u otras integraciones no nacionales ni estatales, lo que conocemos como la “globalización” del capitalismo; vocablo, término o concepto que etimológicamente significa la expansión global del mismo; es decir, que se extiende hacia la amplitud del globo terrestre.

Así entonces, la “globalización” o el proceso globalizador no es más que –y lo calificamos como– la “internacionalización del capitalismo”, que se da a veces con ritmos más lentos o más acelerados, dependiendo de la dinámica interna de éste.

En términos reales y concretos, lo que estamos intentando precisar es que la globalización existió antes de que se le asignara este nombre. Se han dado, entonces, muchas globalizaciones,⁸ pero nos remitimos a las de los inicios de la Modernidad; es decir, en la medida en que el capitalismo nace, crece, se desarrolla y es un sistema que eclosiona en Europa y se desarrolla como todo sistema moderno y, a pesar de sus crisis y con sus crisis, ha ido cambiando para no morir,⁹ al contrario de lo que sucedió con los sistemas premodernos o tradicionales, que al no poder resistir la presión de los cambios y permanecer para conservarse se fueron acabando o terminaron subordinándose a los sistemas modernos.

Entonces, la globalización se subordina al desarrollo del capitalismo y a la internacionalización del mismo. Pero como el capitalismo se ha internacionalizado en diferentes momentos históricos, cabe precisar a cuál de ellas nos estaremos remitiendo.

La globalización como desarrollo acelerado del capitalismo estadounidense o la “americanización del mundo”¹⁰

De la globalización que nos ocuparemos es de la internacionalización del capitalismo que se dio cuando éste se fortaleció y maduró en el interior de Estados Unidos a partir de 1870, y cuya potencialidad se fue extendiendo poco a poco a nivel internacional, gracias a la producción interna de bienes,

⁸ Sin ser exhaustivos, los Estados premodernos, las ciudades-estado, los imperios, se relacionaban entre sí y muchos de ellos se fueron extendiendo hacia los confines del mundo conocido en esos entonces, por ejemplo Asiria, Babilonia, Grecia, Roma, China, India, etc.

⁹ Todo ello a pesar de los agoreros de que éste se iba a morir por la incapacidad de transformarse a sí mismo.

¹⁰ M. Cowles, *op. cit.*, pp. 309-324; también A. Jox, *op. cit.*, pp. 325-337.

impulsada por el avance científico y tecnológico que se fue expandiendo, por la vía comercial, fuera de sus fronteras bajo el impulso de sus empresas corporativas.

A esta etapa del proceso, caracterizada por el extraordinario crecimiento de las empresas corporativas estadounidenses y a su expansión a nivel mundial, los ideólogos de Estados Unidos del “crecimiento revolucionario del capitalismo” le dieron el nombre de globalización.¹¹

Así, ampliando el concepto y destacando algunas de sus peculiaridades, diremos que la globalización es un movimiento macroeconómico de adentro hacia afuera del capitalismo estadounidense. Es la potencialidad que tiene su Estado nacional de expandirse, de influir, de presionar y de imponer su voluntad, sus condiciones para cumplir sus intereses; eso es lo que caracteriza a este movimiento o proceso macroeconómico.

Sin Estados Unidos no hay globalización, pues son sus fuerzas, sus agentes más destacados, las “empresas corporativas” que, al haber copado el territorio nacional, la esfera interna del desarrollo del capitalismo estadounidense, manifestaron su poder fuera de éste, se internacionalizaron y expandieron su dominio económico a nivel mundial; esto es, salieron a la conquista de Asia, África, América Latina y Europa.

Vale aquí establecer una precisión muy importante: cualquier acción económica fuera del espacio nacional, sea en la esfera internacional gestada por el intercambio de toda índole realizado por los Estados nacionales, y más aún una acción económica de agentes de otra nación en un Estado nacional, en vista de la soberanía¹² de la que gozan los Estados, requiere de una acción política concomitante.

¹¹ Entre los más notables se encuentran Walter Weyl, un influyente escritor político y astuto analista del poder corporativo (*American World Policies*, The Macmillan Company, Nueva York, 1917); Adolph Berle, el padre de la teoría de la moderna administración global de los negocios (*The 20th Century Capitalist Revolution*, Brace and World, Nueva York, 1954 y *The American Economic Republic*, Brace and World, Nueva York, 1963); George Ball, antiguo director de la correduría Lehman Brothers, subsecretario de Estado y embajador de Estados Unidos en Naciones Unidas (“Cosmocorp: The Promise of the Multinational Corporations” en *Fortune*, 1^o de junio de 1967; “Cosmocorp: The Importance of Being Stateless” en *Columbian Journal of World Business*, núm. 2, noviembre-diciembre 1967); y Peter Drucker, acérrimo defensor del libre comercio para las empresas transnacionales (*The New Society: The Anatomy of the Industrial Order*, Harper and Brothers Publishers, Nueva York, 1949, *The Agree of Discontinuity: Guidelines to Our Changing Time*, Harper and Row Publishers, Nueva York, 1968). Para mayores detalles véase Francisco Dávila Aldás, “Identidad, soberanía y nacionalismo en México en la era de la globalización” en *Estudios políticos*, núm. 24, FCPYS-UNAM, 2000, pp. 218-219.

¹² Entre los ideólogos de la globalización la realidad de los Estados nacionales y sus características soberanas son remanentes de procesos premodernos, resabios de etapas ya caducas “que la

Así, entonces, el aceleramiento del desarrollo del capitalismo que marcó el inicio de la globalización, de la que nos estamos ocupando, se empezó a gestar cuando Estados Unidos impulsó a sus empresas corporativas a transnacionalizarse; es decir, a franquear las fronteras nacionales y a expandirse por el mundo. Es obvio que detrás de este potente movimiento estaba el fortalecimiento científico y tecnológico de Estados Unidos hasta volverse hegemónico, en términos económicos y de desarrollo político.

Es preciso constatar que en este movimiento hay una actitud de intromisión dentro del marco de la soberanía y como respuesta se pueden dar, al menos, tres actitudes por parte de los Estados: una de aceptación de la misma, sin miramientos, porque se le considera positiva para determinados intereses nacionales; otra de rechazo, por no convenir a la nación que percibe tal intromisión o, finalmente, previa una negociación, si se obtienen ventajas mutuas, se acepta esta penetración. Ahora bien, no cabe duda de que Estados Unidos, en los momentos que estamos precisando, empezaba a ser más poderoso y así podía subordinar, dominar o imponerse si los Estados no respondían de manera adecuada o eran vulnerables a sus solicitudes económicas y políticas, lo que daría lugar a una pérdida o merma de sus soberanías y, por tanto, a una disminución de su autonomía, generándose así una subordinación económica o política; en resumen, una relación de dependencia que puede exacerbarse o atenuarse, dependiendo de la fuerza de la penetración o de la capacidad de ejercer resistencia a la misma.

Así, insistimos en que sin Estados Unidos, sin su capacidad de fortalecimiento interno, que significa su desarrollo económico, político, comercial y financiero, no se hubiese dado la llamada globalización que ahora se expande por el mundo. Aludimos antes de que se trataba de una globalización peculiar, particular, única y, por tanto, distinta de otras globalizaciones, como fue la de los portugueses y los españoles, que descubrieron y conquistaron otros mundos y expandieron sus dominios hacia América Latina. Otra de ellas se dio cuando Inglaterra y luego Francia se lanzaron a conquistar Asia, África y también llegaron a la región latinoamericana, dominada por los anteriores, en especial por España, para abrirse, por la vía comercial y mediante la piratería, nuevos espacios geográficos y políticos que, al independizarse América Latina y conformarse en Estados nacionales, quedaron subordinados

revolución del siglo veinte” está rompiendo y que desaparecerán cuando la globalización se haya expandido por el mundo. Véase Adolph Berle, *The 20th Century Capitalist Revolution*, Brace and World, Nueva York, 1954, pp. 157-158; Para mayores detalles, véase Francisco Dávila Aldás, “Identidad, soberanía y nacionalismo en México en la era de la globalización”, *op. cit.*, pp. 217-229.

al dominio económico de Inglaterra, que con sus préstamos apoyó la emancipación de las colonias y cobró por mucho tiempo jugosos intereses.

Finalmente, la globalización que nos interesa en este trabajo y a la cual nos remitimos, es la que realizó Estados Unidos fortaleciéndose al interior y aliándose primero con las empresas inglesas, pero luego desplazándolas, dado el mayor poderío tecnológico de sus empresas corporativas, agentes activos del novel Estado norteamericano, las cuales, con una estrategia bien calculada, se inmiscuyeron, penetraron y se desarrollaron en los Estados nacionales de la región latinoamericana, dominaron la escena económica y tienen actualmente una influencia decisiva en los campos político y económico.

La globalización y sus ideólogos

Antes de concluir este apartado, es preciso insistir en que la definición que hemos explicado y analizado proviene de los propios ideólogos de la globalización, ya que ellos consideran que la revolución capitalista del siglo XX se dio con la irrupción de las empresas corporativas estadounidenses en el mundo, que “romperán la clásica organización de las relaciones internacionales” (la de los Estados nacionales entre sí) y “se impondrá una nueva organización de las mismas, cuya naturaleza y contornos apenas podemos aprehender”.¹³

La exageración es grande y también lo son sus visiones del espléndido futuro que nos espera, pero lo que es claro y en ello no se equivocan los ideólogos estadounidenses, es que, en efecto, el desarrollo del capitalismo se aceleró, adquirió un “carácter revolucionario” dado el despegue científico y tecnológico que Estados Unidos emprendió desde fines del siglo XIX hasta finales de la Segunda Guerra Mundial, con el que rompió irremediabilmente con los esquemas productivos y tecnológicos que habían llevado a los países europeos al pináculo hegemónico mundial. Así, la historia nacional de este inmenso país irrumpía en la historia internacional, cambiando de manera rotunda su anterior trayectoria.

Así, entonces:

Sin la fuerza épica de la Revolución Bolchevique de 1917 y la cercanía de los acontecimientos agrupados bajo el rubro de la Revolución Mexicana de 1910, los Estados Unidos viven en esos años y en los inmediatamente anteriores la revolución capitalista a la que sólo se habrán de acercar, y al costo de dos guerras mundiales los países industriales europeos.¹⁴

¹³ Véase a este respecto Adolph Berle, *op. cit.*, pp. 157-158.

¹⁴ José Luis Orozco, *La revolución corporativa*, Fontamara, México, 1987, p. 9.

A esas alturas, Estados Unidos, como Estado-nación, había ya rebasado su etapa de maduración. Era ya un nuevo Estado que traspasaba la fase de los contactos intermitentes requeridos para consolidar su unidad, su identidad nacional básica, y entraría a ejercer funciones permanentes en el campo internacional. Consolidaría así su nuevo estadio expansivo interno y, a la vez, alteraría de manera significativa la historia internacional de las naciones existentes.

La fortuna de este país fue que su “revolución capitalista” no se dio con los costos de las dos guerras mundiales, en las que los protagonistas, Alemania y Francia, salieron esquilados, y toda Europa se vio obligada a soportar el dominio estadounidense para librarse del poderío ruso, que también quería exportar su modelo revolucionario. En esta favorable coyuntura, pudo abastecer con armas y pertrechos la guerra que se desarrollaba en Europa y de ella obtuvo enormes ventajas y sus transnacionales, sin enfrentamientos ni reticencias, se expandieron por toda Europa.

La globalización y sus etapas en América Latina

Efectuadas las precisiones anteriores, intentaremos llevar a cabo una periodización del proceso globalizador que continúa desplegándose en América Latina¹⁵ hasta nuestros días.

La primera etapa o etapa inicial: 1914-1945

La característica de la primera etapa es que una vez fortalecido el capitalismo en Estados Unidos, que desde 1870 había asimilado creativamente la primera etapa de la Revolución Industrial iniciada en Inglaterra, comenzó a ampliar su poder económico. Se desarrolló entonces una serie de intervenciones directas, sobre todo en Centroamérica y el Caribe, sin olvidar la de México,¹⁶ y reiteradas

¹⁵ El criterio sobre el cual fundamentamos esta periodización de las etapas del desarrollo de la globalización en América Latina como hipótesis de trabajo puede también suscribirse para investigaciones sobre el proceso en Asia, África y Europa, ya que el capitalismo que se desarrolló al interior de Estados Unidos con gran pujanza, asimilando de manera acelerada la Primera Revolución Industrial, impulsando la Segunda e inaugurando la Tercera, se pone a la cabeza del desarrollo científico y tecnológico que sus empresas corporativas promueven para expandirse a nivel mundial. De las 500 empresas más grandes del mundo, 170 (34 por ciento) son estadounidenses, 161 (32.2 por ciento) son europeas (representadas por 15 países), 70 (14 por ciento) son japonesas y el resto, 99, son de otros países del mundo (19.8 por ciento). Véase “Global 500 Ranked Within Countries” en *Fortune*, 24 de julio de 2006, pp. F-27 y F-43.

¹⁶ En 1914 hubo un desembarco estadounidense en Veracruz y una excursión armada en 1916 en Chihuahua.

presiones diplomáticas para influir en las decisiones de los nuevos y débiles Estados, a fin de buscar condiciones favorables para asentar con firmeza a sus empresas corporativas, que fueron creciendo e imponiendo su dominio en la región. Unas invirtieron en las industrias extractivas y otras en las plantaciones bananeras; otras colocaron sus productos, y a través de múltiples ofrecimientos de apoyar el desarrollo nacional o mediante presiones y amenazas empezaron a ver cómo instalarse en los países que podían, porque la mayor parte de ellos defendían su incipiente industria nacional.

Así, la precaria industrialización iniciada gracias a la expansión de las exportaciones que movilizaron capital y mano de obra en América Latina empezó a frenarse y, ante la imposibilidad de competir frente a los productos extranjeros importados o fabricados por las empresas extranjeras y para resistir este embate, las empresas domésticas y familiares nacionales se orientaron a ofrecer sus productos de consumo a las capas bajas de la población, cuyo poder de compra era muy escaso y, a su vez, los grupos de medianos y altos ingresos consumían los productos importados o ya fabricados por las empresas estadounidenses que se iban estableciendo. Con ello, la primera sustitución de importaciones, en vez de apoyar el proceso de desarrollo industrial de la región, indujo a las corporaciones, principalmente estadounidenses, a irse estableciendo en nuestros países para producir, con menores costos para ellas, los mismos productos que se importaban.

Por su lado, la Primera Guerra Mundial, seguida de la crisis de 1929, tuvo un fuerte impacto en las exportaciones latinoamericanas hacia los países ya industrializados, puesto que decayó el comercio de exportación y los precios de los productos primarios declinaron de manera significativa con la consiguiente disminución de las divisas necesarias, tanto para la generación de infraestructura como para incentivar el tenue proceso de industrialización. Sin embargo, la importación de manufacturas, cuyo precio se incrementó, justo al contrario de lo que sucedió con las materias primas, continuó realizándose, lo que también sirvió de incentivo para que las empresas corporativas estadounidenses continuaran expandiendo sus productos en la región.

Segunda etapa o de expansión, 1945-1970

Estados Unidos, que en la primera etapa había ya iniciado su expansión hacia los países latinoamericanos, al participar con más fuerza en la Segunda Guerra Mundial, apareció en 1950 como el país que compartió la hegemonía con la Unión Soviética e hizo que Europa, esquilada y destruida, se constituyera en su bastión contra el avance del comunismo, ya que con el Plan Marshall, desechado por la Unión Soviética, incentivó y presionó a los

países europeos¹⁷ a concebir una estrategia de reconstrucción económica que pronto los llevaría a buscar la cooperación mutua para salir de su penuria y trabajar a marchas forzadas para lograr su integración regional.

Con lo anterior, Estados Unidos demostraría a la potencia comunista que en el contexto de la Guerra Fría, inaugurada con el desarrollo económico europeo, la ayuda estadounidense —digamos que “la globalización” o “americanización del mundo”—¹⁸ tenía la posibilidad de ofrecer, a los hombres de esas tierras y de otras latitudes del globo, alimentos, empleos, paz y libertad.

Pero este plan estadounidense no era nada altruista, sino benéfico en extremo para sus intereses económicos y políticos, en primer término porque Europa había sido su mayor mercado y, con ésta en la ruina, la economía estadounidense se hubiera visto muy afectada, y el desarrollo y la expansión de sus empresas corporativas en la región se hubiese dificultado. Se calcula que para 1953 circulaban en Europa 13 billones de dólares, y la reconstrucción continuaba con éxito gracias a la enorme derrama financiera; en segundo término, sin esta ayuda, ese espacio privilegiado que siempre fue Europa, inclinado hacia el comunismo o apoyado por la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), constituía una amenaza para la seguridad estadounidense y un fracaso para su modelo socioeconómico, el capitalismo, en cuya aceleración fincaba su dominio; tanto y más que Francia o Alemania, los dos Estados que indujeron al mundo a las dos guerras mundiales, y que se constituirían en los motores de la construcción de la Comunidad Económica Europea (CEE),¹⁹ esto es, de un mercado capitalista integrado y pujante, alejándose así la amenaza de una nueva guerra y constituyéndose las mismas en el muro de contención del avance soviético que Estados Unidos temía.

En estas circunstancias la globalización no se expandiría hacia el espacio soviético, pero sí se desarrollaría en Europa y en América Latina, aunque con una diferencia: los europeos, aunque desgastados y esquilados por la guerra, entendieron el costo de su subordinación en los campos político y militar y pronto reorganizaron sus economías para acelerar la Segunda Revolución Industrial, que se había orientado a la fabricación del material de guerra, y a avanzar con decisión hacia la Tercera Revolución Industrial para recuperarse

¹⁷ La ayuda ofrecida era de 20 billones de dólares siempre y cuando se unieran y formularan un plan coherente y eficaz para su reconstrucción.

¹⁸ M. Cowles, *op. cit.*, y A. Jox, *op. cit.*, pp. 325-337.

¹⁹ Para mayores detalles sobre este tema, véase “Francia y Alemania: dos Estados recalcitrantes en disputa” y “La reconciliación franco-alemana y la construcción de la nueva Europa (1950-2003)” en Francisco Dávila Aldás, *Una integración exitosa: la Unión Europea, una historia regional y nacional*, Fontamara, México, 2003, pp. 161-243.

mediante la cooperación y desarrollarse, aceptando el apoyo que les daba Estados Unidos. Por desgracia, cuando en América Latina fluyó el capital estadounidense y sus corporaciones penetraron poco a poco entre 1945 y 1970,²⁰ las reformas institucionales (fiscales, financieras y bancarias) para que la región pudiera proveerse de inversiones se dieron no tanto para apoyar e incentivar el ahorro y la formación del capital nacional, sino para que se organizaran la banca y las instituciones de crédito en óptimas condiciones, a fin de que la inversión estadounidense y sus empresas corporativas pudieran iniciar su penetración directa en las esferas productivas.

No obstante, los países que pudieron salir de la crisis de 1929 y se especializaron en la exportación de productos primarios protegieron su proceso de despegue industrial primario y crearon un mercado interno ampliado. En este intento, México, Brasil y Argentina tuvieron éxito y realizaron lo que la CEPAL llamó la “primera sustitución de importaciones” y crearon empresas dedicadas al consumo interno. Sin embargo, contrario a lo que sucedió en Europa, éstas, en su mayoría, dependían de la maquinaria y de los técnicos de los países industrializados para seguir creciendo, dado que no se fomentó la educación técnica y no se dieron inversiones en ciencia y tecnología para consolidar el débil proceso industrial; los empresarios nacionales medraron, sin fomentar nuevas inversiones.

Pero, a pesar del proteccionismo reinante, ante la necesidad de satisfacer las demandas de los mercados internos en crecimiento y dado el acelerado proceso de urbanización, los gobiernos permitieron que las empresas estadounidenses y otras que les proveían de productos desde el extranjero instalaran sus empresas. Así aparecieron cadenas y talleres de montaje de maquinaria importada, industrias de ensamblaje para la fabricación de aparatos de uso doméstico, como fueron los de línea blanca: planchas, radios, refrigeradores, etc., y pronto se instalaron las empresas automotrices, aprovechando los incentivos gubernamentales y la necesidad de generar empleo para los nuevos sectores obreros y de satisfacer la demanda creciente de los sectores medios y altos que habían incrementado sus ingresos en las ciudades.

De este modo, una vez más, con base en negociaciones y compromisos pactados, sin violentar las normas jurídicas que fijaban los límites sobre los cuales se ejercía la soberanía de los Estados, cuando las circunstancias nacionales les ayudaban o con base en engaños, presiones y amenazas, es decir, violándolas

²⁰ Véase Gustavo y Helena Beyhaut, “Afirmación del imperialismo norteamericano” en *Historia universal siglo XX: América Latina III. De la Independencia a la Segunda Guerra Mundial*, núm. 23, Siglo XXI, México, 1985, pp. 171-173.

para aprovechar las ventajas que los gobiernos otorgaban a los empresarios nacionales que intentaban realizar un desarrollo industrial autónomo, cuando las exigencias eran mayores, las empresas corporativas, especialmente las estadounidenses, se establecieron en nuestros países.

No faltaron pioneros e intelectuales estudiosos del fenómeno de la industrialización e instituciones de las Naciones Unidas, entre ellas la CEPAL, cuyos esfuerzos para impulsar el proceso de industrialización latinoamericano fueron sostenidos frente a las instituciones de cooperación financiera y comercial, que fincaban más sus afanes en el negocio internacional y frente a los gobiernos que, sin mirar en conjunto las ventajas de una industria regional, trataron de insertarse, luego de la crisis, en el mercado mundial, en el circuito de crecimiento sostenido de los países industrializados, para recibir de ellos la inercia del crecimiento.

Así, frente a las críticas de los investigadores e intelectuales, que al constatar que la intromisión transnacional en nuestros circuitos nacionales, en lugar de fortalecer el proceso de industrialización de la región la subordinaban a la industrialización de los países desarrollados, se intentó formar empresas industriales multinacionales para poder tener economías de escala y un mercado interno más amplio y, es más, se insistió en la integración latinoamericana, siguiendo el ejemplo europeo;²¹ pero las dificultades políticas y el poco peso de la planta industrial nacional, aún en los países en las que el proceso estaba más desarrollado, y la oposición, directa o velada, del gobierno estadounidense, impidieron esta iniciativa.

Algunos ingenieros y empresarios nacionales pioneros intentaron introducir maquinaria usada para cebar el proceso, pero ésta, conseguida a bajos precios en el mercado internacional, resultaba ser obsoleta y anticuada para satisfacer la demanda nacional, que fincaba su antojo en los productos extranjeros que copaban el mercado.

Así, sin una verdadera competencia económica que incitara a las corporaciones estadounidenses a desarrollar nuevos procesos o a eslabonar su producción hacia las empresas nacionales para que le surtieran de algunas partes o que fabricaran bajo sus diseños algunas de ellas, como sucedió con las empresas de los *New Industrialized Countries* (NIC), éstas se asentaron con sus industrias de ensamblaje sin otra función que proporcionar empleo escasamente remunerado a los obreros de los países de la región.

²¹ Véase Francisco Dávila Aldás y Rosa María Piñón, "La CEPAL y la integración de América Latina" en *Revista de Estudios Latinoamericanos*, FCPYS-UNAM, junio-diciembre 1999 y enero-junio 2000, pp. 73-75.

Para comienzos de los años setenta, la segunda sustitución de importaciones resultaba difícil en extremo, ya que sin una fuerte formación de capital y con las dificultades crónicas de generar ahorros para la inversión en la región, a los gobiernos no les quedaba más remedio que abrir sus puertas al capital extranjero y a las nuevas empresas corporativas, que estaban ansiosas de copar los mercados nacionales, tal como sucedió.

La desintegración del sistema de Bretton Woods incidió directamente en el equilibrio cambiario de los países industrializados y sobrecalentó sus economías, desplazando el objetivo del pleno empleo hacia el de apaciguamiento de la inflación creciente. Así, los motores del sistema capitalista mundial comenzaron a fallar y el impulso del crecimiento latinoamericano tuvo aún mayores problemas cuando sobrevino la crisis petrolera en 1973 y más tarde en 1979-1980. El impacto que ésta tuvo en la región latinoamericana, que se percató de que su crecimiento anterior se debía al empujón de la demanda externa de los países industrializados, fue de tal magnitud que el decenio de los años ochenta fue el de la década perdida, por el retroceso del desarrollo debido básicamente a las presiones ejercidas por los países industrializados para que se les pagara la enorme deuda que los países de la región contrajeron para intentar superar con desesperación su fallida industrialización o su primera sustitución de importaciones.

Tercera etapa o de consolidación 1970–2020

La tercera etapa de globalización la franquearon las corporaciones estadounidenses apoyándose e impulsando el desarrollo científico-técnico que en 1970 iniciaba una nueva etapa que se ampliaba en 1990 y que llegará, posiblemente, a su auge y florecimiento en 2020.

Este nuevo periodo, cuyo primer despliegue empezó en 1970, lo subdividiremos en dos etapas. La primera abarcó desde la fecha anterior hasta el año 2000, en la cual continuó la expansión de las empresas corporativas mediante negociaciones y fuertes presiones ejercidas sobre los Estados nacionales de la región para que éstas se asentaran definitivamente en nuestros países.

Los países que más habían avanzado en la creación de una industria nacional, como México, Brasil, Argentina y Chile, trataron de defenderse, pero como no tuvieron la capacidad de desarrollarse más allá de asumir los primeros intentos de la Primera Revolución Industrial y algunos de la Segunda, por las limitaciones estructurales, como las presiones inflacionarias, los rezagos agrarios, la carencia de una infraestructura adecuada y la falta de ahorro interno, dadas las limitaciones de la política fiscal, no pudieron impulsar la nueva

sustitución de importaciones,²² pues la lenta industrialización latinoamericana se encontró bloqueada por el creciente control que ejercían las empresas corporativas estadounidenses sobre las industrias manufactureras que se estaban dotando de nueva tecnología a través del intercambio de materias primas, dado que la asimilación tecnológica, frente a la baja de las mismas, encarecía la continuidad del proceso y el incremento de la productividad se volvía extremadamente lento, con la consiguiente desaceleración del desarrollo industrial, en especial en las empresas nacionales más avanzadas y que requerían maquinarias más sofisticadas para ser más competitivas.

De este modo, “el acariciado anhelo de la industrialización como un medio para defender la independencia nacional se frustró casi por completo. El factor real de crecimiento en los años setenta, dejando aparte a algunos exportadores de petróleo no vino de los países industriales ni de las naciones en desarrollo, sino de las empresas transnacionales”,²³ que consolidaron sus posiciones en nuestra región.

Así, Estados Unidos, se aprovechó de la vulnerabilidad de nuestras economías y de la necesidad que experimentaban los gobiernos de la región por fortalecerlas para que no se ahondaran aún más las desigualdades sociales; bajo los dictados de Washington, los países latinoamericanos aceptaron las reformas estructurales que éste sugería y que se resumen en la liberación de los mercados nacionales para facilitarnos créditos, con los cuales se impulsaría la modernización y se agilizaría la libre expansión y consolidación de las empresas estadounidenses en los espacios productivos, comerciales, financieros y de servicios, sin mayores costos para las mismas.

De tal modo que mientras sufríamos en América Latina las penurias del “decenio perdido”, a partir de 1980, los europeos, una vez superada la crisis de los años setenta que por poco desintegra a la CEE —que ya cumplía su mayoría de edad—, empezaron un exitoso proceso de consolidación industrial, apoyados en los nueve países que en ese entonces la integraban.

Ahora bien, Estados Unidos, previendo una expansión del poderío económico de la CEE más allá de sus fronteras que pudiera llegar a su zona directa de influencia regional, América Latina, preparó una nueva estrategia de consolidación de su imperio económico, firmemente sustentada en una nueva expansión de sus empresas corporativas mediante una integración

²² Véase J. Noyola, “El desarrollo económico y la inflación en México y otros países latinoamericanos” en *Investigación económica*, vol. XVI, núm. 4, 1956; y CEPAL, *El desequilibrio externo en el desarrollo económico latinoamericano, el caso de México*, 1957.

²³ H. W. Singer, “El desarrollo en la posguerra. Lecciones de la experiencia de 1945 a 1985” en *Comercio exterior*, julio 1989, pp. 608-609.

comercial que formalizaría en la región la dependencia que ésta ya venía sufriendo desde hacía años.

Sin perder más tiempo, en 1984 Estados Unidos negoció un tratado de libre comercio con Canadá, el cual se concluyó en 1986 y fue firmado en los primeros días de octubre de 1987.²⁴ Luego empezó su segunda ofensiva hegemónica, mostrándole a México las ventajas de integrar el bloque comercial de América del Norte junto con su socio canadiense.

En 1990, para concretar su estrategia, lanzó todo su aparato de negociación, de propaganda y de presión para convencer a un México titubeante, imposibilitado de acometer la tarea prometeica de sustituir importaciones para modernizarse de manera acelerada, mediante la compra de maquinaria y equipo obsoleto a precios muy elevados, en las décadas de los setenta y los ochenta, cuando el precio de los productos primarios que el país exportaba para obtener las divisas necesarias caía fuertemente, por lo que acabó convirtiéndose en deudor neto y muy vulnerable a las turbulencias financieras que lo sumieron en la crisis de 1995, de la cual no pudo salir sino mediante el apoyo estadounidense, que lo sometió a una dependencia aún más denigrante que la que ya venía sufriendo.

Así fue como México, que también sufrió la “década pérdida” y los duros ajustes para sanear su maltrecha economía, sometida junto con el resto de la región a la inexorable presión globalizadora de los años noventa, no tuvo más salida que insertarse en la órbita de la estrategia integradora estadounidense después de Canadá en 1994.²⁵

A partir de 1990 y hasta 2020 se desplegará la segunda fase de la tercera etapa globalizadora, la cual marca explícitamente el afán de Estados Unidos de consolidar su hegemonía industrial y comercial en todo el continente americano, conformado por las subregiones de Norteamérica, Centroamérica y Sudamérica, siendo el Tratado de Libre Comercio de América del Norte

²⁴ Se trata del Canada-US Free Trade Agreement. Para mayores detalles, véase P. Morici (ed.), *Making Free Trade Work: The Canadian-US Agreement*, Council on Foreign Relations Press, Nueva York, 1990; también G. R. Winham, *Trading With Canada: The Canadian-US Free Trade Agreement*, Priority Press, Nueva York, 1988; B. W. Wilkinson, “The Canada-US Free Trade Negotiations: An Assessment” en D. L. McKee (ed.), *Canadian-American Economic Relations: Conflict and Cooperation on a Continental Scale*, Nueva York, 1988; y B. Copeland, “On Mice and Elephants: the Canada-US Free Trade Agreement” en *Contemporary Policy Issues* 7, núm. 3, julio 1989, pp. 42-60.

²⁵ Véase “La nueva estrategia de desarrollo o la integración a la economía norteamericana mediante la firma del Tratado de Libre Comercio, 1989-1994” en Francisco Dávila Aldás, *Del milagro a la crisis, la ilusión... el miedo... y la nueva esperanza. Análisis de la política económica mexicana 1954-1994*, Fontamara, México, 1995, pp. 293-347.

(TLCAN) la punta de lanza para la ofensiva sudamericana, llamada Acuerdo de Libre Comercio para las Américas (ALCA), que debería haber estado en funcionamiento desde el 2005, según los diseños de Estados Unidos, pero que por ventura fue frenado por la acción decidida de Brasil, Argentina y Venezuela ante los fracasos del TLCAN.

Así, los débiles procesos de industrialización, alcanzados con grandes esfuerzos en nuestra región, no pudieron generar bases científicas y tecnológicas propias, como ocurrió en los países más dinámicos de la UE y, por consiguiente, las posibilidades de apropiación y de modificación de las foráneas, dada la falta de infraestructura educativa, fueron escasas. La región latinoamericana y los países más avanzados: Brasil, Argentina y México, por un lado, se quedaron con una industrialización de invernadero, incapaz de competir a mercado abierto, y subsidiada con grandes deficiencias productivas en todos los ámbitos de la economía y, por otro, con un sector de punta altamente concentrado en manos de los grandes consorcios internacionales y, en general, opuestos a la profundización de los incipientes procesos de integración, los cuales supieron aprovechar, inaugurando de este modo la primera ola globalizadora con la cual fueron haciendo camino para expandirse.

Los efectos generales de la globalización en América Latina

Los efectos de la globalización son positivos y negativos. Éstos dependieron y dependen tanto de la forma en que las empresas corporativas estadounidenses y las de otros países se insertaron en nuestra región y de las facilidades o dificultades que encontraron en los Estados nacionales para establecerse, desarrollarse y consolidarse.

Los efectos positivos de esta irrupción de las empresas corporativas estadounidenses en la región vienen aparejados con el movimiento mundializador, que crea las posibilidades de ampliar el patrimonio social humano que se expresa en la apropiación y en el disfrute de los avances científicos y tecnológicos que las tres revoluciones industriales han desplegado y que, de un modo u otro, el despliegue acelerado del capitalismo, es decir, la globalización, impulsó. Así, una buena parte de los Estados nacionales de la región pudieron mejorar los niveles de vida de las capas medias y altas, así como proporcionar trabajo a los sectores campesino, obrero y popular, que de manera indirecta se beneficiaron de la sustitución de importaciones y de la entrada de divisas por las exportaciones que se ampliaron, en los buenos tiempos, en los cuales los países de capitalismo avanzado impulsaron la producción nacional, que se modernizó para surtir con más eficiencia esta demanda externa.

De este modo, se dio un mayor crecimiento económico y un escaso desarrollo social, lo que redundó en el fortalecimiento de los sectores económicos más rentables para las empresas trasnacionales, cuyas utilidades, en su mayor parte, se expatriaron y las restantes incentivaron el empleo en esos sectores; con ello se incrementó el ingreso y las exigencias de una fuerza de trabajo más calificada, lo que presionó para que se cuidara más la formación de los profesionales y técnicos en las universidades y en los centros de educación superior y técnica.

Por su lado, la presión ejercida para acelerar las reformas necesarias, en aras de que las empresas corporativas entraran a copar el mercado interno que se abría para darles cabida, rompió las inercias de las empresas tradicionales, que tuvieron que someterse al proceso de renovarse o ser dolorosamente arrastradas a su defunción, y forzó a las que ya habían asimilado ciertos adelantos científicos y tecnológicos a pactar, negociar, aliarse o subordinarse a las grandes empresas para crecer y consolidarse en la región.

Está claro que estos procesos fueron dolorosos, y los enfrentamientos y los conflictos que estos cambios propiciaron fueron tomados como los costos necesarios para que una parte de la población de nuestra región latinoamericana disfrutara de los adelantos inducidos por el despliegue de tres revoluciones industriales que la globalización trajo, con los nuevos productos que ofreció en los mercados internos.

Ahora bien, vista la debilidad de nuestros procesos estatales nacionales y la dificultad que los gobiernos, aún los más fuertes, tenían para ofrecer resistencia al proceso de subordinación industrial que las empresas estadounidenses imponían, se gestó, con el ejemplo de la integración europea, la necesidad de integrarse para resistir el embate o negociar en mejores condiciones la entrada de las mismas. Por desgracia, los intereses particulares de cada gobierno y la propia presión de Estados Unidos impidieron que este proceso madurara de modo suficiente como para que se conformara un bloque regional latinoamericano, con lo que se podría haber negociado una mayor independencia relativa a la banca internacional, capitaneada por Estados Unidos, en lo concerniente a financiamientos, inversiones y ayudas para el desarrollo.

Pero si la globalización impulsó de algún modo el incremento del patrimonio social regional, los efectos negativos de la misma hicieron que éste fuese a nutrir el ya abultado patrimonio de los sectores privilegiados y, por tanto, la pobreza fue expandiéndose entre las capas más vulnerables de la población. En su conjunto, la región latinoamericana perdió, con la crisis en la que se sumió desde 1980, 20 años de desarrollo que se evidenciaron en una tasa de crecimiento negativa o muy baja, en sueldos y salarios exiguos y en el

incremento de las desigualdades sociales. En la actualidad, la región apenas se está recuperando gracias al nuevo dinamismo de las exportaciones de materias primas que China e India, al acelerar su desarrollo, están demandando, y a una atenta política económica que está cuidando que la inflación no se dispare y que las finanzas públicas estén saneadas.

Sin embargo, el afán de las corporaciones, fincado en las altas ganancias frente al descuido gubernamental por equilibrar la localización de las mismas en los distintos polos de desarrollo, fue incrementando los desequilibrios sectoriales y demográficos, acentuándose así la brecha entre las pocas islas de desarrollo y los mares de subdesarrollo nacionales, que se ven como áreas de poca rentabilidad, en donde la pobreza cunde porque nadie quiere invertir, pues no son prioritarias para las empresas transnacionales.

Dentro de este sombrío panorama económico descrito, la disminución de la protección y apoyo estatal a los sectores sociales vulnerables, los campesinos, los pobres, los desempleados, los marginados y demás menesterosos de la región, so pretexto de sanear las finanzas y las variables macroeconómicas, prácticamente ha impulsado a millones de latinoamericanos a buscar en Estados Unidos y Europa fuentes de trabajo, convirtiéndose las migraciones nacionales a los focos internos de absorción, y en especial a los internacionales, en una válvula de escape de las enormes tensiones que por el desempleo y el subempleo pueden convertirse en oportunidades de explosiones sociales en la región.

Por su lado, las remesas de los que migraron y encontraron trabajo se han constituido en un paliativo a las difíciles condiciones sociales en las que se encuentran sus familiares, y han contribuido así a aliviar las protestas sociales aparejadas a la insuficiencia de ingresos por falta de inversiones para fomentar la producción nacional, hecho que denota la incapacidad de los Estados nacionales para promover el desarrollo y el bienestar social para sus propios pueblos.

Este panorama es una constante en toda la región de América Latina porque la disminución del gasto social para sanear las economías se ha plasmado en el incremento de las utilidades de las empresas y en una constante disminución de los salarios reales de los trabajadores y en el olvido del gasto para mantener la salud, fomentar la educación, la vivienda digna y en general el bienestar social de la población o, como se acostumbra decir ahora, cuidar e incrementar el capital humano, el recurso más preciado que todos poseemos y que continúa deteriorándose gracias a la globalización que, a pesar de las promesas de los impulsores de la misma, ha generado una enorme desigualdad en la distribución del ingreso nacional, regional y mundial.

Vale insistir que en el plano social más inmediato, o sea, en la vida cotidiana de la población latinoamericana, se ha ido acentuando la crisis y la descomposición social de los grupos más vulnerables, pero es preciso reconocer que para que ésta no desborde los límites de tolerancia y se convierta en una explosión social, se han formulado programas de emergencia pero, a pesar de todo, las tensiones no se apaciguan y siguen latentes, como una espada de Damocles que pende sobre la cabeza de los gobiernos de la región.

Así, los brotes de un nacionalismo reivindicativo y opuesto a la globalización vuelven a aparecer, pues ésta ha golpeado con fuerza a los sectores sociales disfuncionales a la misma, de tal modo que se asiste al intento de desmoronamiento y/o a la atomización de los viejos actores políticos, económicos y sociales, que de un momento a otro pueden emerger de manera violenta porque ya tienen poco que perder.

Ahora bien, el escenario de violencia que hemos descrito y que se encuentra latente en la región, también tiende a expresarse en el descontento y en la inestabilidad social y política que intermitentemente brota en algunos países y que en otros es una amenaza cotidiana: grupos armados para la defensa de los poderosos (paramilitares en Colombia, guardias blancas en México) y grupos armados para la defensa de los pobres y para hacerse justicia por sus propias manos, dada la corrupción y la ineptitud de conseguir justicia para sus causas desesperadas (guerrillas en Colombia, Perú, Bolivia y México).

En fin, y aún más grave: la inseguridad social se ha incrementado. En muchas ciudades los habitantes de las mismas se encuentran en constante peligro frente a las bandas de delincuentes, muchas de ellas dirigidas por expolicías o exintegrantes de las instituciones armadas del Estado que, a plena luz del día, cometen una serie de atropellos, delitos y crímenes: secuestros, asesinatos, violaciones, abuso sexual, venta de drogas, trata de blancas, violencia familiar, maltrato a mujeres y niños, etc., sin que se deje de mencionar el narcotráfico, que en algunos países está rebasando el poder del propio Estado.

En fin, de continuar estos efectos negativos de la globalización sin oponerles un dique de contención para aprovechar el enorme incremento del patrimonio social que la mundialización nos ha venido dando, podríamos seguir perdiendo los valores más valiosos de la Modernidad y la Posmodernidad, que son la libertad y la vida, y continuaría la degradación psicológica y moral de los sectores más vulnerables y marginados del reparto social que ha continuado atomizándose en la región y en el mundo.

Conclusión

La globalización en América Latina: ¿hado fatal y destino inexorable, o panacea universal para todos los males?:

- 1) el incremento de la tecnología y el desarrollo de la ciencia en manos de las transnacionales no ha mejorado sensiblemente a la sociedad latinoamericana en su conjunto. El crecimiento y la prosperidad han sido para las minorías privilegiadas;
- 2) los cambios que se han dado sobre todo en los sectores industrial, comercial y financiero han fortalecido a los más poderosos: banqueros, grandes industriales, y han surgido mayores asimetrías entre los países con una aceleración de concentración de la riqueza y una fuerte expansión de la pobreza, lo que ha incrementado la vulnerabilidad económica, social y política; y
- 3) esta situación no es ni un castigo ni un hado fatal o un destino inexorable. Podríamos evocar el mito de Sísifo encadenado y castigado por los dioses, que tenía que empujar eternamente una gran roca hasta la cima de la montaña para luego verla descender y volver a empezar, sin posibilidad de liberarse nunca de su desgraciado destino. En el caso de la región latinoamericana, intentar de manera constante el desarrollo y no poderlo alcanzar. Sin embargo, Sísifo pudo burlar a los dioses y encontró placer en liberarse cada vez que intentaba y lograba llegar a la cima para volver a empezar con mayor brío, y es aquí donde otro mito, el de Prometeo, viene al calce y nos enseña que es posible arrebatarse el fuego a los dioses y volver a emprender nuestros propios esfuerzos sin esperar nada de ellos.

Así, entonces, insistiremos, antes de finalizar este trabajo, en que la ilusión, el sueño de los globalizadores, por “desgracia” no se ha cumplido, porque el mundo no tiene ahora la paz y la tranquilidad que éstos plantearon con la apertura al libre comercio transnacional. Al contrario, basta sólo evocar el 11 de septiembre de 2001, la irrupción de las fuerzas estadounidenses en Iraq en 2003, el 11 de marzo de 2004 en Madrid, las fuertes tensiones bélicas en Asia y Medio Oriente en 2005 y los conatos de ataques terroristas en Londres, todos ellos encendidos y azuzados por los excesos del capitalismo salvaje, cuya aceleración globalizadora ha sobrepasado los niveles de tolerancia de los pueblos oprimidos

Por su lado, las libertades de las que gozaban los Estados poderosos, en especial Estados Unidos, que se ha sentido vulnerado en su propio espacio

nacional, han sido constreñidas en aras de la seguridad y so pretexto de no dejar impunes a los terroristas, enemigos de la democracia. Este país ahora está violando los más elementales derechos humanos y la protección legal que los presuntos culpables de delitos y crímenes de guerra deben tener.

Por ello, no podemos seguir siendo encantados y atraídos por los cantos de esas sirenas que nos están llevando al averno. La solución no es más mercado y menos gobiernos, o lo contrario, menos mercado y más gobierno. De hecho, ambos mecanismos deben combinarse, dependiendo de las necesidades de los Estados nacionales; esto es, de las instituciones que expresan el sentir de las sociedades nacionales dentro de un proceso de participación democrática; no sólo de la democracia del voto que, en nuestras sociedades, las más de las veces, no expresan el sentir de todos los miembros de la sociedad.

La democracia tiene que explicarse en la posibilidad generalizada de gozar de libertades para poder realizar nuestras propias aspiraciones y las de la sociedad entera que se resumen en una mayor participación en el disfrute del patrimonio social; esto es, en conseguir la solución de los problemas que nos aquejan para incrementar la esfera de nuestras libertades y el disfrute de mejores niveles de vida.

Es por ello que el mercado requiere de las reglas y de las regulaciones que tiene necesariamente que imponerle la sociedad. No existe tal mano invisible ni ningún mecanismo automático que pueda generar y repartir las riquezas por sí solo; somos los miembros de determinada sociedad —y pudiera ser de todas las sociedades— los que nos debemos ocupar de distribuir ese patrimonio social, pero ello aún es un ideal inalcanzable que los globalizadores nos han anticipado, pero que no se ha cumplido. El despliegue de las fuerzas del mercado, que son los grupos humanos que se esconden tras de ellas, tienen que ser organizados y controlados para que no desborden a los demás miembros de la sociedad, sino para que cooperen para el bien de todos.

Así, la iniciativa privada, este término tan ambiguo, emparentado con el lucro, con la competencia, con los intereses particulares de los grupos poderosos, si no son organizados, regulados y controlados por todos los miembros de la sociedad, acaban conculcando el interés social, el de todos los miembros de dicha sociedad. Por ello, se dice en ciertas formulaciones que la competencia debe ser regulada y promovida la cooperación sin dominio, sin explotación.

Por último, el poder, el tener poder, no necesariamente implica gobernar y saber gobernar. Con el poder se puede explotar, dominar, subyugar y esclavizar. El gobierno procede del consenso, de la necesidad de ponernos de acuerdo para compaginar nuestras libertades con nuestras necesidades sin herirlas ni hollarlas en ningún momento. El dinero, el lucro, la rentabilidad, la

ambición y la avidez sin la cooperación y la regulación social se degradan al ser usados en contra del desarrollo de las sociedades y de los individuos.

Finalmente, Sísifo y Prometeo no son más que la figuración, la imagen del desarrollo y devenir de nuestras sociedades; por lo tanto, son las perspectivas de futuro, o sea, la utopía realizable: liberarse de los dioses, actuar y vivir como humanos disfrutando del patrimonio social que vamos construyendo en el proceso que hemos calificado como mundialización.

Así, entonces, pensamos que:

- 1) la integración mundial tiene que ser promovida para construir un mundo más humano; en otros términos, no se puede continuar predicando una globalización que profundice la miseria a nivel mundial y que no impulse un mayor desarrollo humano mediante un disfrute equitativo del patrimonio social humano que la mundialización promueve;
- 2) los Estados nacionales, aliados o confederados, y sus gobiernos deben organizarse a nivel internacional para velar por un desarrollo sustentable y más humano, por lo que es perentorio una reforma a fondo de la Organización de las Naciones Unidas para que se dé una participación efectiva de cada gobierno soberano en el gobierno del complejo mundo en que vivimos. Nadie, ningún poder nacional, tiene la misión de prever o prevenir el caos y el desorden mundial e imponer un gobierno por la fuerza, aún para hacer el bien, digamos establecer la libertad y la democracia;²⁶
- 3) no se puede, entonces, gobernar a los pueblos que conforman los Estados nacionales mediante el dominio, el uso de la fuerza, aún si ésta se esconde en el dominio económico, como sucede con el capitalismo salvaje que ha promovido Estados Unidos a través de sus empresas corporativas en la región latinoamericana. Son el diálogo y la negociación entre Estados soberanos los que deben primar, y si se quiere la paz y la democracia ésta debe ser promovida y construida por cada pueblo, Estado o nación libremente;
- 4) es entonces la sociedad la que formula las reglas, las controla y arbitra para que éstas se cumplan o sanciona su incumplimiento para preservar el desarrollo de los individuos y de la propia sociedad y no las fuerzas

²⁶ Ni Dios lo hace, dicen los teólogos, pues respeta la libertad de los hombres, pero el gobierno estadounidense, abrazando el fundamentalismo más rancio y estrecho de un conservadurismo casi medieval con Bush a la cabeza, se ha arrogado la misión de pueblo elegido para hacer la “guerra preventiva y evitar los males en el mundo.

del mercado o, dicho más elegantemente, los automatismos económicos; y

- 5) así, la globalización tiene que trocarse en mundialización, en humanización, en incremento y disfrute del patrimonio material y social creado por todos y para todos, y la regla de oro que tendrá que aplicarse será que todos podamos tener ganancias sin pérdidas o las menores pérdidas; es decir, lo óptimo para todos, de tal modo que se dé:
 - a) una mayor ampliación de las riquezas para el mayor desarrollo de los individuos, grupos, clases, pueblos naciones;
 - b) una mejor distribución de las mismas para equilibrar y superar las desigualdades económicas, políticas y sociales existentes; y
 - c) que las políticas sociales, mundiales (universales), regionales, nacionales y locales puedan ser definidas por consenso y en el sentido de ampliar el desarrollo humano, el enriquecimiento de la Humanidad.²⁷

²⁷ Véase Francisco Dávila Aldás, “La crisis de México y los nuevos retos en el futuro escenario internacional” en *Relaciones Internacionales*, núm. 67, FCPYS-UNAM, julio-septiembre 1995, pp. 54-55.